

LA BATALLA DE CASEROS EN EL TERRENO DEL COLEGIO MILITAR DE LA NACIÓN

Autor: Torres, Fernando Claudio.

Correo electrónico: fernandtor@yahoo.com.ar

C.V.:

Profesor en Historia (Universidad Nacional de La Pampa), Maestrando en la Maestría en Historia de la Guerra (Escuela Superior de Guerra), profesor en Historia Argentina (1880-1990) e Historia de las Campañas Militares Argentinas (Colegio Militar de la Nación – Facultad del Ejército – UNDEF) – Docente Investigador (Colegio Militar de la Nación). Autor del libro: *Guerras y Estados. La Revolución Militar y la consolidación del Estado Moderno por la guerra*. Buenos Aires, Signos del Sur (Ed.), 2021.

Resumen:

Al cumplirse 170 años de la batalla de Caseros del 3 de febrero de 1852, este informe realizó un rastreo de las operaciones en general, previas a la batalla, y su desarrollo específico en el terreno que actualmente ocupa el Colegio Militar de la Nación. De esta manera se analizó el desarrollo de la campaña, la conformación de los ejércitos enfrentados, la ocupación del campo de batalla y del terreno del Colegio, y de la batalla propiamente dicha. Se trabajó específicamente y en primera instancia seleccionando el material bibliográfico pertinente, desde los clásicos historiadores militares como los coroneles Juan Beverina o Felix Best, hasta trabajos de historiadores más recientes como Camogli o Ruiz Moreno. A estos se le adicionó fuentes de actores presenciales, como las memorias del coronel César Díaz, o los partes de batalla sobre el mismo. Es importante señalar que no hay trabajos precedentes al respecto y, por lo tanto, esta investigación nos permite realizar una mirada exploratoria para un mapeo más pormenorizado de la localización de cada espacio ocupado por los distintos batallones combatientes en lo que hoy en día es el Colegio Militar, como así también en función de comprender mejor el desarrollo de una batalla que cambió radicalmente el curso de nuestra historia.

Palabras clave:

Guerra – batalla de Caseros – Colegio Militar de la Nación – unitarios y federales

La batalla que dividió la historia

Si existe una batalla que marcó la historia de la Argentina o, mejor dicho, de lo que iba a ser a futuro la República Argentina, teniendo en cuenta sus implicancias posteriores, ese es el enfrentamiento de Monte Caseros o simplemente como se la conoce en la actualidad, “la batalla de Caseros”, del 3 de febrero de 1852.

Aquel mítico enfrentamiento significó no sólo el choque de los dos más importantes caudillos del federalismo: por un lado, el entonces gobernador de Buenos Aires y Representante de las Relaciones Exteriores de la Confederación, don Juan Manuel de Rosas, y por el bando contrario, quien fuera otrora probablemente su más eficaz general, el gobernador de Entre Ríos y Brigadier General don Justo José de Urquiza. También significó el fin de lo que para muchos historiadores fue una larga dictadura (cuestión ampliamente debatida entre investigadores revisionistas y liberales¹) que había paralizado el proceso

¹ Para la corriente del Revisionismo Histórico, Rosas fue el defensor de la soberanía nacional y del federalismo, mientras que, para la historiografía Liberal, fue un dictador sanguinario y todo poderoso que no permitió el

hacia la realización de un estado moderno. Como sea, el hecho cierto y fáctico, más allá de cualquier interpretación historiográfica, fue que luego de la derrota del “Restaurador de las Leyes”, su vencedor el general Urquiza dispuso el llamamiento de un Congreso General Constituyente que hacia 1853 en Santa Fe, dictaminó la ley fundamental para la organización definitiva de nuestro país, la Constitución Nacional. De esta manera, podemos sostener sin equivocarnos, que Caseros fue un antes y un después en nuestra historia, el paso central de un camino de unidad que comenzó a perfilarse de forma más clara.

Consideraciones previas a la batalla (primera fase de la campaña)

En el plano militar, en cuanto a la batalla de Caseros en sí, distintas características pueden expresarse. En este sentido, se destaca la reunión de unas fuerzas desconocidas hasta entonces por su tamaño y dimensiones en la región. Pensemos que en promedio los ejércitos de toda la primera mitad del siglo XIX, sean de milicias informales o de tropa regular, no solían superar los cinco mil hombres. Solo en la batalla de Caseros se congregaron según algunos cálculos entre ambos bandos, más de cincuenta mil soldados. Ya de por sí, aquella enorme cifra parecía advertir el inicio de una nueva era.

En el caso de las fuerzas del general Urquiza, al iniciarse la campaña se encontraba en clara desventaja numérica y de recursos, dado que la poderosa provincia de Buenos Aires disponía de una mayor fuente de riquezas tanto por su dominio del puerto y la aduana en el Río de la Plata, como por una muy superior cantidad de habitantes, sin incluir además que contaba con la adhesión de la mayoría de los gobernadores de la Confederación. Es así que el entonces gobernador y líder del federalismo, don Juan Manuel de Rosas, podía disponer de un ejército que “(...) alcanzaba a los cuarenta y seis mil seiscientos hombres (...)” (Ruíz Moreno, 2006, p. 614), esto es si se sumaban a todas las fuerzas que se encontraban distribuidas en distintas partes de aquella provincia. En este sentido, el historiador militar Felix Best (1960) en su *Historia de las Guerras argentinas*, expone una cifra parecida a la anterior, en cuanto que sostiene que hacia el período del levantamiento de Urquiza (mediados de 1851) y para enfrentarlo, Buenos Aires contó con “(...) 26.000 hombres en armas; algo más de la mitad de este número en Uruguay (...)” y con la capacidad de “(...) movilizar milicias en cantidad mayor de 20.000 en Buenos Aires y Santa Fe, sin mucha demora.” (p. 463)

Si a esto le sumamos que, durante todo aquel período, solo la poderosa Buenos Aires podía sostener de forma permanente de ejércitos de línea armados y uniformados de las tres armas, mientras que en el resto de la Confederación prevalecían sobre todo las fuerzas de caballería al mejor estilo de las “montoneras”, podemos darnos una idea de la asimetría a la que se arriesgaba cualquier intento de sedición al poder centralista porteño. Por otro lado, un punto a favor respecto a la centralidad de aquellas fuerzas montadas federales del interior fue, en realidad, el tipo de geografía que posee nuestro territorio, que habilitaba por sus grandes extensiones la necesidad de jinetes en el traslado por sus dilatadas llanuras. De esta manera, sostiene Best (1960): “Nuestras guerras, salvo la con Paraguay, en territorio de este país, fueron de movimiento y cuando en la llanura, de caballería (...)” (p. 125). Es por eso que se entiende el porqué de la mayor cantidad de efectivos montados en las huestes urquicistas. De todos modos, y en primera instancia, Urquiza podía juntar con suerte entre las fuerzas de las provincias de Entre Ríos y Corrientes cerca de quince mil hombres y, como ya dijimos, casi todos del arma de caballería (Best, 1960, p. 463). Ante la difícil situación que se avizoraba al enfrentar en soledad a Buenos Aires, sus pasos tras el pronunciamiento del 1 de mayo de 1851, lo llevarán a buscar aliados para su campaña contra Rosas y su lugarteniente en la República Oriental del Uruguay, el general Oribe.

Quienes estaban por demás interesados en un Urquiza contra Rosas eran los orientales del partido colorado, que junto a los argentinos exiliados *antirrosistas*, se encontraban bajo sitio en la ciudad de Montevideo por el ejército de Oribe. Otro posible aliado era el Imperio del Brasil, que tras el triunfo de Rosas frente a los ingleses y franceses (que habían pactado con el Restaurador, los primeros en 1849 y los segundos en 1850) veían con malos ojos cómo se les cerraba la navegación no sólo del Paraná (primordial para su acceso al Mato Grosso) sino también del río Uruguay (central para su geopolítica en Río Grande do Sul). Es así que, tras la firma de un primer pacto ofensivo el 29 de mayo de 1851 (ratificado luego en la convención del 21 de noviembre del mismo año) con el partido colorado del Uruguay y con el Imperio del Brasil, surgió en el Río de la Plata lo que al decir del historiador Pablo Camogli (2009) fue la “(...) primera Triple Alianza (la segunda sería contra el Paraguay).” (p. 181). Tras dicho pacto y con el aporte monetario de un préstamo del Brasil de cien mil patacones (Ruiz Moreno, 2006, p. 602) se conformará, luego de una breve campaña contra las fuerzas del general Oribe en Uruguay, lo que se conoce como el *Ejército Grande Libertador*. De esta manera, el aporte del Imperio del Brasil será primordial no solo en metálico sino también en tropas, y con su poderosa flota para despejar los ríos de la Mesopotamia argentina, permitiendo el pasaje de las fuerzas de Urquiza al Uruguay y aislando al general Oribe, cuestión que lo obligó a una rápida rendición, y privó a Buenos Aires de las fuerzas acantonadas al otro lado de la ribera del Plata.

Con la llegada de las tropas imperiales al mando del mariscal Luis Alves de Lima y Silva, conde de Caxias, el 14 de octubre (Ruiz Moreno, 2006, p. 595), comenzó a tomar forma el “ejército aliado”. Hay discrepancias entre los distintos historiadores, referidas a los números de tal formación armada. Según Ruiz Moreno (2006) en principio estaban constituidas por 34.000 hombres (18.670 elementos por parte de la provincia Entre Ríos, 5.260 de Corrientes, 4.240 de Buenos Aires, 4.176 del Imperio del Brasil y los 1.671 hombres del Estado Oriental del Uruguay). Aunque para la batalla, explique que no serán más de 23.000 en cada ejército (p. 634). Para Felix Best (1960), las fuerzas aliadas alcanzaron las 28.000 plazas (p.467). En coincidencia, Camogli (2009) señala que había en el ejército de Urquiza algo más de 28.170 soldados (p.182). En este sentido, el trabajo investigativo de Juan Beverina (1911), *Caseros. Estudio histórico militar de las campañas de 1851-52*, realiza un pormenorizado informe de las fuerzas y de su constitución que puede darnos una mejor idea definitiva de las mismas:

<u>Contingente de Entre Ríos</u>		
<u>UNIDADES</u>	<u>JEFES</u>	<u>EFFECTIVOS</u>
Batallón de infantería “Enterrriano”:	(Tte. Coronel Lista)	250
Batallón de infantería “Urquiza”:	(Coronel Basavilbaso)	600
1ª División de Caballería:	(Coronel Urdinarrain)	1.300
2ª División de Caballería	(Coronel Galarza)	1.500
3ª División de Caballería	(Coronel Palavecino)	1.100
4ª División de Caballería	(Coronel Domínguez)	1.300
5ª División de Caballería	(Coronel Salazar)	500
6ª División de Caballería	(Coronel Almada)	900
7ª División de Caballería	(Tte. Coronel Paso)	600
8ª División de Caballería	(Mayor López Jordán)	650
9ª División de Caballería	(Tte. Coronel González)	500
División San José	(Tte. Coronel Barón du Grati)	300
Escolta del General en Jefe	(Coronel Aguilar)	270
	(Coronel Carballo)	270
Guardia	(Tte. Coronel Reyes)	200
Escuadrones de artillería	(Coronel Pirán)	230
Artillería Volante	(Tte. Coronel González)	200

(Tabla 1)

El total de las fuerzas entrerrianas según el cuadro elaborado por Beverina (1911) es de 10.670 efectivos (p. 174).

Respecto a las fuerzas correntinas expone el siguiente cuadro:

<u>UNIDADES</u>	<u>Contingente de Corrientes</u> <u>JEFES</u>	<u>EFFECTIVOS</u>
Batallón de infantería "Defensor":	(Mayor Martínez)	350
Batallón de infantería "Patricios":	(Mayor Acevedo)	360
División de Caballería de Escolta:	(Coronel Virasoro)	750
Regimiento 1 de Caballería	(Coronel Ocampo)	680
Regimiento 2 de Caballería	(Coronel López)	500
Regimiento 3 de Caballería	(Coronel Paiba)	540
Regimiento 4 de Caballería	(Coronel Cáceres)	600
Regimiento 5 de Caballería	(Coronel Bejarano)	650
Regimiento 6 de Caballería	(Coronel Ricardes)	700
Escuadra de Artillería	(Tte. Coronel González)	130

(Tabla 2)

De esta manera el contingente correntino, según Beverina (1911), suma un total de 5.260 plazas (p.175)

Finalmente, para las tropas de Buenos Aires, integradas en parte por argentinos que se encontraban sitiados de Montevideo pero principalmente por las tropas de Oribe que fueron sumados a la fuerza (la mayoría conservaron sus antiguos jefes), Beverina nos ofrece el siguiente cuadro:

<u>UNIDADES</u>	<u>Contingente de Buenos Aires</u> <u>JEFES</u>	<u>EFFECTIVOS</u>
Batallón de Infantería "Buenos Aires":	(Coronel Tejerina)	430
Batallón de Infantería "San Martín":	(Coronel Echenagucia)	430
Batallón de Infantería "Constitución":	(Coronel Toledo)	430
Batallón de Infantería "Federación":	(Coronel Rodríguez)	430
1ª División de Caballería	(Coronel Burgoa)	430
2ª División de Caballería	(Coronel Hornos)	600
3ª División de Caballería	(Coronel Aquino)	514
4ª División de Caballería	(Coronel Susbiela)	450
5ª División de Caballería	(Coronel González)	325
Escuadrones de Artillería volante	(Tte. Coronel Castro)	110
Escuadrones de Artillería volante	(Tte. Coronel Mitre)	110

(Tabla 3)

Este contingente agrupaba un total de 4.249 hombres (p.175). Hasta aquí tenemos, según el historiador militar Juan Beverina, la suma total de 20.179 plazas. A este guarismo hay que sumar las fuerzas aliadas del Uruguay y del Imperio del Brasil, que detallamos más abajo.

El Estado Oriental no pudo completar los 2.000 efectivos estipulados en el artículo 4º del Convenio del 21 de noviembre, además de tener sólo infantes y algunos artilleros, dado que no "(...) existía ninguna unidad de Caballería, pues tal no puede ser considerada una pequeña escolta del Comandante de las fuerzas orientales, compuesta de un Oficial y 20 de tropa montadas." (Beverina, 1911, p.177). Detallamos la composición del contingente uruguayo según Beverina:

Contingente del Uruguay

<i>UNIDADES</i>	<i>JEFES</i>	<i>EFFECTIVOS</i>
Batallón Resistencia	(Tte. Coronel Juan A. Lezica)	404
Batallón Voltijeros	(Tte. Coronel León de Palleja)	406
Batallón Guardia Oriental	(Tte. Coronel José M. Solzona)	397
Batallón Orden	(Mayor Eugenio Abella)	235
Escuadrón de Artillería	(Tte. Coronel Mariano Vedia)	188
Estado Mayor, Comisaría, Sanidad, Escolta		41

(Tabla 4)

Vemos pues: un total de apenas 1.671 efectivos (Beverina, 1911, p. 177) bajo el mando del Coronel César Díaz. En principio, estas tropas iban a estar subordinadas al general uruguayo Eugenio Garzón, muy apreciado por Urquiza, pero aquejado por una larga convalecencia falleció el 1 de diciembre de 1851. Finalmente hay que agregar el contingente del Imperio del Brasil:

Contingente del Imperio del Brasil

<i>UNIDADES</i>	<i>JEFES</i>	<i>EFFECTIVOS</i>
Batallón de Infantería N° 5	(Mayor López Percegueiro)	510
Batallón de Infantería N° 6	(Tte. Coronel Ferreira)	600
Batallón de Infantería N° 7	(Tte. Coronel de Bruce)	490
Batallón de Infantería N° 8	(Mayor Resin)	549
Batallón de Infantería N° 11	(Tte. Coronel Alburquerque)	529
Batallón de Infantería N° 13	(Tte. Coronel F. Tamarindo)	452
Regimiento 2 de Caballería	(Tte. Coronel Osorio)	550
Regimiento 1 de artillería á caballo	(Mayor González Fontes)	200
Batería de cohetes á la Congréve	(Mayor González Fontes)	160

(Tabla 5)

Bajo el mando directo del brigadier Manuel Marques de Souza (que luego sería conocido como barón y vizconde de Porto Alegre), completaba entonces el ejército aliado con un contingente brasileiro de 4.040 plazas (Beverina, 1911, p. 182). Podemos así avizorar una fuerza total de 25.890 soldados, que sumado a todo el personal de parques, maestranzas, caballadas, etc. alcanzó los 27.849, es decir aproximadamente 28 mil hombres.

Pero a pesar de estas fuerzas que completaban a este *Ejército Grande*, todos los historiadores coinciden que Urquiza estaba en clara desventaja frente al enorme poder militar del que podía disponer Rosas. El reputado historiador militar Juan Beverina (1911), con su acostumbrada exactitud expone los siguientes cuadros de las fuerzas del Restaurador (p. 184):

División norte

<i>GUARNICIÓN</i>	<i>JEFES</i>	<i>EFFECTIVOS</i>
Coronda	General Echagüe	1.000
San Lorenzo	Coronel Santa Coloma	1.400
Rosario	Coronel Serrano	1.600
Ramallo	General Mansilla	2.800
San Pedro	General Mansilla	400
Zárate	General Mansilla	300
Total		7.500

(Tabla 6)

<u>GUARNICIÓN</u>	División centro <u>JEFES</u>	<u>EFFECTIVOS</u>
Rojas	Coronel Cortina	1.000
Barrancosa	Coronel Aguilera	600
Guardia de Luján	General Pacheco	4.200
Total		5.800

(Tabla 7)

<u>GUARNICIÓN</u>	División sud <u>JEFES</u>	<u>EFFECTIVOS</u>
Laguna de los Padres	Cornet	700
Tuyú	Pedro Rozas	1.200
Salado	Pedro Rozas	600
Ensenada	Pedro Rozas	300
Total		2.800

(Tabla 8)

En la ciudad de Buenos Aires

Cuerpos de: Convalescencia, Recoleta, Ranchería, Serenos y Comisionados activos, Veteranos y activos, Restauradores, Alumbradores de policía, Tenientes Alcaldes y Vigilantes:	6.800
Pasivos de Juzgados de ciudad	4.000
Pasivos de Juzgados y frontera de campaña	7.000
Total	17.800

(Tabla 9)

En Palermo

Veteranos	6.500
-----------	-------

En Santos Lugares

Veteranos	6.200
-----------	-------

Total General 46.600

(Tabla 10)

Sin embargo, Rosas -y a pesar de esta asimetría de poder a su favor- jamás optó por ninguna medida ofensiva contra el rebelde entrerriano. Nunca dispuso ayuda militar para el reforzamiento de las tropas de Santa Fe, a la sazón bajo el gobierno del general Pascual Echagüe, uno de sus máximos colaboradores. En este sentido, la incorporación de refuerzos a Echagüe hubiera significado grandes dificultades para Urquiza en el traspaso del Río Paraná, quien debía neutralizar sí o sí a su vecina provincia de Santa Fe, para no dejar tropas que desde su retaguardia lo hostigasen, asegurando de esta manera un avance sin molestias sobre Buenos Aires. Pero Rosas no sólo en esto se equivocó: tampoco planteó una aproximación de fuerzas contra el enemigo lo más lejos posible de Buenos Aires, presionando a Urquiza y obligándolo a desistir de su intento de invasión. De forma sistemática, desestimó los planes ofensivos de sus más calificados jefes militares, como el general Pacheco o como el coronel Chilavert. Extrañamente y contra su costumbre habitual en otras campañas, señala Félix Best (1969), "(...) en esta ocasión Rosas no entregó sus poderosas fuerzas a uno de sus generales para que las condujera según su ciencia y conciencia y empeñara la batalla lejos de la capital (...)" (p. 469). Estas circunstancias lo llevaron a perder el control inmediato de Santa Fe, como ya le había

sucedido con la vecina Banda Oriental, y el alejamiento de su líder militar más capaz, el general Ángel Pacheco. Este último había solicitado su relevo en reiteradas ocasiones, y sobre todo en el momento en que se entreveía un lógico final por la impericia militar de Rosas, no bien las tropas del enemigo pisaban ya suelo bonaerense.

Urquiza, mientras tanto, ante la toma consecutiva a su favor de la capital de Santa Fe el 24 de diciembre de 1851 -y el 29 del mismo mes de Rosario- decidió la exitosa operación del cruce del Paraná y desembarcó su ejército con la ayuda de la escuadra brasilera en Espinillo (a 20 km al noroeste de Rosario). Hacia el 8 de enero comenzó a reorganizar sus fuerzas para aprestarse a la definitiva invasión de Buenos Aires. En este sentido, el general Urquiza redistribuyó sus tropas en formaciones de grandes unidades. La caballería completa la dispuso en seis divisiones y la infantería a su vez en tres, la argentina, la brasilera y la oriental, la artillería quedó subordinada a su país de origen (Best, 1960, p. 468). Allí mismo, en el campamento de Espinillo, el 10 de enero, se produce además el célebre episodio de la sublevación y desertión de la división Aquino, con el asesinato de su jefe y de los oficiales unitarios (Ruiz Moreno, 2006, p. 616). Este hecho tendrá consecuencias posteriores a la gran batalla de Caseros.

Finalmente, para el 15 de enero de 1852 se inició la marcha del ejército aliado que el 18 alcanzó el arroyo del Medio, frontera natural que separa a las provincias de Santa Fe y Buenos Aires. De esta manera comienza la etapa final que alcanzará su cenit el 3 de febrero de 1852.

La Batalla de Caseros

Ya dentro del territorio de la provincia de Buenos Aires, el ejército de Urquiza se alejó de la orilla del Paraná, ruta esperable para tener la cooperación inmediata de la escuadra brasilera, y por ser el camino más corto a la Capital en unos cien kilómetros, con mejores condiciones para las comunicaciones y como vía de escape o retirada en caso de un resultado adverso. Esto se debió a primar las aguadas interiores y los mejores pastos y ganados, todos estos aspectos necesarios para la manutención de la gran fuerza aliada. Sostiene Beverina (1911, p.213) al respecto:

“Es sabido que el ejército aliado no llevaba columnas de víveres, ni de forraje, y que la subsistencia del personal y del ganado estaba enteramente subordinada a los recursos de la zona donde debía operar. Sobre todo, era un problema serio la alimentación del excesivo número de caballos (unos 50.000)”

Justamente, desde el plano militar se tomó en cuenta privar de esos mismos recursos al enemigo y, a su vez, cortarle a Rosas una eventual retirada hacia aquella zona, como así también la ayuda posible que pudiera llegar desde las provincias del interior. Para el 26 de enero alcanzaban entonces y por esa ruta Chivilcoy, el 29 llegaban a Luján y finalmente al río de las Conchas el día 30 de enero.

Los primeros escarceos bélicos entre ambos bandos se dieron en pequeños enfrentamientos, como el que se produjo cerca de Ramallo el 14 de enero, cuando el coronel rosista José Cortinas hostigó a una pequeña fuerza aliada; o principalmente el 31 de enero, cuando una parte de la vanguardia de Urquiza, de 3.000 efectivos al mando del general Juan Pablo López² literalmente destruyó a “(...) una división de caballería liderada

² Este general santafesino, (hermano menor del que fuera gobernador, vencedor junto a Francisco Pancho Ramírez en Cepeda (1820), y firmante del Pacto Federal, el ya extinto para entonces Brigadier General Estanislao López), se había incorporado al *Ejército Grande* con fuerzas de su provincia, cuando el cruce de Urquiza a dicha región. Enfrentado a Rosas desde un tiempo atrás, junto con él se sumaron también otros

por Lagos e integrada por 3.500 jinetes (...)” (Camogli, 2009, p. 182) en la zona que se conoce como campo de Álvarez (sobre el río de las Conchas), produciéndoles unos 200 muertos, cerca de 235 prisioneros, y unas 26 bajas y 16 heridos propios.

Después de aquel enfrentamiento, comenzó a concentrarse el grueso de las fuerzas urquicistas sin traspasar el obstáculo que presentaba el río. Muy cerca de allí, se encontraba acantonada en el campamento de Santos Lugares la caballería y buena parte de las fuerzas que alcanzó a reunir Rosas para la inminente batalla. El 1 de febrero, hacia las diez de la mañana, se reunió finalmente el *Ejército Grande*, esperando que las fuerzas de Rosas bloquearan el Puente de Márquez. Dicha cuestión no parecía darse, puesto que la decisión del “Restaurador” era tomar una posición absolutamente defensiva permitiendo la libertad de acción de Urquiza: gran error. El 2 de febrero, los “aliados” atravesaron el Río de las Conchas y alcanzaron el arroyo Morón (Best, 1960, p. 471), preparándose para un inminente ataque de las fuerzas rosistas que nunca se produjo. Esta situación de inmovilidad del enemigo le permitió al comandante en jefe del ejército, según Best (1960), reconocer el terreno y la posición tomada por sus adversarios. Para Beverina (1911, p.245), en cambio, Urquiza cometió errores cuando hizo una “(...) deficiente exploración de su Caballería (...)” y por una “(...) ausencia de un reconocimiento algo detallado del enemigo y de la posición que ocupa (...)”. Pese a esta mirada diferente de ambos historiadores, lo cierto es que la iniciativa estaba absolutamente en manos de Urquiza, y con una libertad de acción tal que pudo desplegar (tras cruzar el arroyo Morón) a su ejército en orden de batalla de manera completa hacia el 3 de febrero, a una hora bastante temprana, frente a Rosas. Dice en sus memorias el entonces coronel César Díaz (1878, p.281) al respecto: “A las siete de la mañana nuestro ejército estaba en línea sobre la loma opuesta a la que ocupaba el enemigo”. Es importante señalar que el cruce del arroyo, que se encontraba casi impracticable por lo cenagoso del terreno, se realizó a través de un pequeño puente, y fue allí por donde toda la fuerza aliada realizó el peligroso paso, sin ser molestados en ningún momento por un ataque sorpresivo enemigo. Y sorprendentemente, por haber encontrado intacto aquel puente que les permitió dicho cruce, Rosas acumulaba errores producto de su total impericia militar.

Luego de pasar toda la caballería junto a su comandante en jefe, Urquiza comenzó a dar órdenes para que se apostaran cada una de sus divisiones en orden y de forma perpendicular al arroyo, como estaban además las fuerzas adversarias. Según Beverina, el frente de batalla de la posición defensiva de Rosas ocupaba desde la casa de Caseros y el Palomar (lo que sería el ala derecha del Restaurador) hasta el campamento de Santos Lugares, entre cuatro o cinco kilómetros mirando hacia el sur. En este sentido, no hay precisiones o acuerdos a fin de determinar la posición verdadera ocupada por el ejército de Rosas. Todos coinciden en que su ala derecha se encontraba asentada sobre la casa de Caseros y el ya mencionado Palomar (única precisión comprobable en todos los relatos), que se encuentran dentro del actual Colegio Militar de la Nación. Pero para el general César Díaz (1878, p.279) “(...) desde esta especie de rotunda (refiriéndose al Palomar) continuaba la línea hacia el Este hasta terminar en Santos Lugares, antiguo campamento militar situado a dos leguas del Río de la Plata”. Por otro lado, en su *Historia de la Confederación Argentina*, al intentar dar precisiones al respecto, Adolfo Saldías (1968) expone que “(...) Rosas adoptó la línea que formaba ángulo obtuso con el Arroyo de Morón y que se extendía desde la casa de Caseros hasta el campamento de Santos Lugares (hoy San Martín)” (p. 349). Y más adelante agrega, en coincidencia con César Díaz que “(...) el ejército de los Aliados estaba formado en una loma frente a la que ocupaba el de Buenos Aires (...)” (Saldías, 1968, p. 350). Otro historiador, Antonio Díaz, según lo expone Beverina en su libro, sostiene que: “Por la derecha se extendía la línea de Rosas hasta Santos Lugares, en un área de $\frac{3}{4}$ de leguas.” (citado en Beverina, p.250) Para Beverina, en este sentido los

grandes e históricos generales como el mítico Gregorio Aráoz de Lamadrid. Todos serán partícipes de las batallas de Caseros.

mapas que acompañan los trabajos de aquellos mencionados son, a su juicio "(...) bastante caprichosos y no están de acuerdo con lo que dicen, en la descripción de la batalla, sobre la posición de Rozas (...)" (p. 251), debido a que, según las exactas planchetas del Estado Mayor, el arroyo tiene una orientación de Sur a Norte. En el plano de César Díaz corre de Este a Oeste, en el de Antonio Díaz, el arroyo está bien orientado pero la posición de Rosas corre desde el Palomar hacia el Noreste, y en el de Saldías, el arroyo Morón es representado corriendo de Sureste a Noroeste, y el frente de Rosas del Palomar hacia el Sureste.

Juan Beverina explica que la posición puede deducirse, desde las planchetas levantadas por la IIIa División del Estado Mayor del Ejército, y teniendo en cuenta el relato de Saldías (en coincidencia con César Díaz), en donde ubica a ambos ejércitos sobre "lomas", y entonces la posición que pudo haber ocupado el ejército de Rosas sería la que partiendo desde la casa de Caseros "(...) corre directamente hacia el Este, por la línea de alturas paralelas del Ferrocarril Pacífico y que tiene hacia el Sud otra línea de alturas a ella paralela y como a una distancia de 1 km., donde se habría establecido el ejército aliado." (Beverina, 1911, p.251)

De esta manera, procedamos a dar la composición y probable ubicación de las fuerzas enfrentadas. El ala derecha de Rosas, como se ha expuesto, comenzaba a mil quinientos metros al este del arroyo Morón (y de forma perpendicular a este), desde la casa de Caseros. Aquel terreno era pantanoso y anegado por las lluvias, lo cual hacía suponer de difícil rodeo por un ataque enemigo, cuestión que como veremos más adelante no detuvo al avance aliado. Dicho sector, se encontraba defendido, en el caso de la sólida construcción de la vivienda de Diego Caseros, por unos trescientos hombres apostados en el patio y azotea de dicho edificio de cal y ladrillo. Un foso lo rodeaba y se habían emplazado varias piezas de artillería (diez en total). Partiendo de la casa hacia el norte, se estableció por el espacio aproximado de ciento cincuenta metros, una especie de martillo defensivo "(...) por una trinchera de carretas, teniendo un foso a su frente (...)" (Beverina, 1911, p. 252). Dos batallones de infantería lo defendían, junto a dos regimientos de caballería (tres mil jinetes) como reserva, los dos primeros, según Ruiz Moreno estaban al mando del coronel Mariano Maza (Ruiz Moreno, 2006, p. 634), y la reserva montada al mando de los coroneles Martín de Santa Coloma y Belvis y la otra recostada a la izquierda del Palomar bajo el teniente coronel Juan de Dios Videla. Entre la casa de Caseros y el Palomar (a una distancia de trescientos pasos una de otra), tras un cerco de tuna con su foso al frente se encontraban dos batallones más con algunas piezas de artillería. El edificio circular a su vez, de tres plantas, se encontraba ocupado por infantería (unos doscientos hombres) y a su base seis cañones y cuatro coheteras a las órdenes del coronel Martín Arenas (Ruiz Moreno, 2006, p. 636). Quien comandaba toda el ala derecha era el veterano general Agustín Pinedo.

Cerca de ellos y a su izquierda, en un espacio (aproximado por Beverina, teniendo en cuenta el efectivo en formación de dos filas y sin reserva) de dos mil quinientos metros, de forma consecutiva se apostaban junto a la ya mencionada División de caballería del Tte Cnl Videla, ocho batallones de infantería (estos, ya fuera del predio del Colegio Militar de la Nación) bajo las órdenes de los coroneles Gerónimo Costa y Juan José Hernández, y catorce piezas intercaladas entre dichos batallones. Seguía, siempre hacia el este y completando el centro, el grueso de la artillería rosistas (30 piezas en total) al mando del coronel Chilavert y unos mil quinientos hombres (tres batallones) de infantería bajo las órdenes del coronel Pedro José Díaz. Finalmente, el ala izquierda se encontraba integrada por dos mil lanceros (tres Divisiones de caballería) comandados por el coronel Hilario Lagos, y otros mil jinetes de reserva bajo los coroneles Ramón Bustos y Julián Sosa (para Ruiz Moreno a diferencia de Beverina, estos últimos protegían a los cañones intercalados entre los cuerpos de Costa y Hernández) (Ruiz Moreno, 2006, p. 634). De esta manera, se calcula que el efectivo del ejército de Rosas alcanzó para aquella jornada unos veintitrés mil

combatientes y unas sesenta piezas de artillería (cincuenta y seis cañones y cuatro coheteras). En cuanto al tamaño del ejército rosista coinciden prácticamente todos los autores ya citados.

Como contrapartida, existen algunas diferencias en las posiciones aliadas según los distintos mapas de los historiadores. Siguiendo a Beverina (1911), la formación aliada adoptó las posiciones con vista al norte de la siguiente forma: en su ala izquierda (enfrentada a la casa de Caseros y el Palomar) la llamada División Oriental, integrada por cuatro batallones y unas seis piezas de artillería (bajo el coronel César Díaz). Según Ruíz Moreno (2006) dicha ala izquierda era comandada por el general Juan Pablo López. Se deben agregar entonces las divisiones de caballería del coronel Miguel Antonio Urdinarrain y del general Juan Pablo López, que estaban detrás de una altura (cubiertas a la vista) todas ellas bajo las órdenes del Jefe de Estado Mayor, el general Benjamín Virasoro. Para Félix Best (1960), en el mapa que aparece en su obra, las fuerzas de caballería antes mencionadas se encontraban al costado izquierdo de todas aquellas fuerzas, bien cercanas al arroyo Morón, aunque más atrás que las fuerzas de la División Oriental, mientras que en coincidencia con Beverina, Ruíz Moreno las ubica directamente detrás de los orientales. En el segundo sector, a la derecha de la división uruguaya, se encuentran unos seis batallones de la División brasilera, con doce cañones y cuatro coheteras, más tres batallones argentinos (bajo el Coronel Matías Rivero), todos subordinados al brigadier Marques de Souza. Luego, en un tercer sector al costado derecho, la batería principal, con veintiocho piezas a las órdenes del coronel José María Pirán, y a su derecha unos cinco batallones de infantería bajo la dirección del coronel José Miguel Galán. Y en última instancia, conformando el ala derecha del *Ejército Grande* las divisiones de caballería del brigadier Anacleto Medina, la del coronel Miguel G. Galarza (primera línea), la del general José D. Ábalos (reserva) y la del general Gregorio Aráoz de Lamadrid. Toda esta fuerza bajo las órdenes directas de Urquiza. El total de dichas fuerzas oscilaban entre veintiocho mil para Camogli (2009, p. 182) y Best (1960, p. 467), y para Beverina (1911, p. 255), Saldías (1968, p. 350) y Ruiz Moreno (2006, p. 634) entre veinticuatro y veintitrés mil soldados, y entre cuarenta y cinco a cincuenta piezas de artillería.

De todas aquellas fuerzas, las que intervinieron principalmente dentro del Colegio Militar de la Nación, fueron las que se encontraban en disposición desde ya, dentro del mismo; es decir, las del ala derecha rosista, con algunas tropas de caballería del coronel Juan de Dios Videla al lado del Palomar. A estas habría que incluir a las que se le enfrentaron en una maniobra de envolvimiento que ya comentaremos. Por otro lado, podemos resumir dadas las dimensiones geográficas y numéricas de la batalla, que sólo cerca de una cuarta parte de los efectivos enfrentados ese día lo hicieron dentro del actual predio de la academia militar de oficiales de nuestro país. De esta manera, y teniendo en cuenta que la batalla se desarrolló a partir de las 9 horas de la mañana con los disparos de la artillería de Rosas, pasamos a relatar brevemente la batalla hasta detenernos en la lucha dentro del Colegio Militar.

Las órdenes impartidas con anterioridad a la batalla por el general Urquiza (luego de ver las posiciones enemigas) habían sido claras y, tras una maniobra de distracción desde el ala izquierda aliada, se procedió a un ataque de las divisiones de caballería desde la derecha del *Ejército Grande* hacia lo que consideraba don "Justo" como el lugar de mayor debilidad de las fuerzas de Rosas: su ala izquierda. Dice el coronel Díaz (1878, p. 282) al respecto:

"No habiendo la menor duda de que la izquierda enemiga era la parte flaca de su línea, por cuanto estaba compuesta de caballería mal organizada para una resistencia eficaz, el general Urquiza comprendió que sobre ella debía dirigirse el principal esfuerzo"

De esta manera, la división Medina apoyada por las divisiones de Galarza y de Ábalos, se lanzan contra las tropas de caballería de Hilario Lagos. Mientras tanto, los escuadrones bajo las órdenes de Lamadrid, avanzaron abriéndose hacia el este, rumbo al campamento de Santos Lugares, para realizar una gran maniobra de envolvimiento. Al mismo tiempo, la carga de Medina terminó venciendo a las fuerzas de Lagos y, aunque parece ser que apareció otra fuerza rosista buscando flanquear a su vez a Medina, la llegada de Galarza y Ábalos previno aquella maniobra. Según Saldías (1968, p. 350) más “(...) de 15.000 hombres se disputaron allí la victoria (...)”, aunque este autor sostiene que Urquiza reforzó con los jinetes del general López aquella ala, cuando este en realidad, para el resto de los autores, actuó contra el ala derecha enemiga.

Es así que mientras el triunfo se estaba desarrollando en el ala izquierda de Rosas a favor de los aliados:

“(...) las demás partes de la línea de ataque vieron llegado el momento de entrar a actuar, de acuerdo con las órdenes impartidas por el General en Jefe. Las primeras tropas en moverse son la División oriental y la Brigada argentina del Coronel Rivero (...)” (Beverina, 1911, p. 259)

Por otro lado, la División brasilera y la infantería del coronel Galán retardaron su entrada en acción por motivos poco claros. Esto último puso en peligro a los orientales y argentinos que avanzaban, al exponerse al descubierto a cualquier ataque a su flanco derecho. Dice en sus memorias César Díaz (1878) que sólo:

“La columna del coronel Urdinarrain, en cumplimiento de su encargo de sostener los movimientos del ala izquierda, había atravesado los pantanos del centro de la cañada, casi al mismo tiempo que la división Oriental, colocándose a retaguardia un poco hacia la izquierda de esta, a la orilla de un pequeño bosque que llenaba la superficie intermedia entre la casa de Caseros y la cañada de Morón.” (p. 288)

Tras un primer ataque repelido por los rosistas y la llegada finalmente de dos batallones para proteger el ala izquierda de Díaz, en conjunto al resto de las fuerzas brasileras a su derecha, se produjo un segundo ataque sobre la casa de Caseros, que logró sobrepasar las defensas por su frente y por su flanco. En este sentido, Beverina (1911) explica que una brigada (dos batallones) al mando del coronel Pereyra Pintos atacaron, por orden del comandante de la División brasilera, la casa de Caseros, para poder ellos mientras tanto atacar al Palomar y a las tropas de infantería apostadas a su izquierda (p. 261). Este grupo aliado doblegó fácilmente a los “(...) batallones enemigos compuestos de soldados nuevos (...)” (Díaz, 1878, p. 290) apoderándose del martillo defensivo. Mientras tanto, el batallón Voltijeros, al mando del teniente coronel León de Palleja, junto a un batallón brasilero, penetraron en la casa de Caseros y produjeron, según Saldías, la muerte de varios enemigos de forma sangrienta. Tal es el caso que relata este historiador, al sostener que un conocido cirujano de Buenos Aires, el doctor Claudio Cuenca, se adelantó para implorar por los heridos del ejército porteño, y entonces el coronel Palleja “(...) lo atravesó con su espada y uno de sus oficiales hizo otro tanto.” (Saldías, 1968, p. 352)

Por otro lado, el Palomar también resultó capturado por los brasileros, que junto a la Brigada de Riveros rechazaron la resistencia de los defensores que los apoyaban a la izquierda del mencionado edificio. Toda el ala derecha de Rosas cayó ante el avance de los aliados. Para entonces, y tras la derrota de la caballería de Buenos Aires en el ala izquierda, sólo resistió por un poco de tiempo más el centro porteño, sostenido principalmente por la artillería del coronel Martiniano Chilavert, hasta verse finalmente superado. Hacia las 15 horas, la batalla había terminado y su saldo en bajas, teniendo en cuenta la desmesura de la cantidad de efectivos enfrentados, también es fuente de discusiones, discordancias o de diferencias. Bartolomé Mitre, citado por Beverina (1911), estimó los muertos y heridos totales en apenas cuatrocientos (p. 262), mientras que en sus memorias el general César

Díaz (1878, p.293) sostiene que puede apreciarse la “(...) pérdida por ambas partes, en dos mil hombres fuera de combate.” Felix Best (1960, p.472) las precisa en unos seiscientos muertos y heridos aliados, y en unos mil quinientos para las fuerzas de Rosas. Hay que contar entre ellos los fusilados y degollados que se produjeron inmediatamente después del combate, como aquellos prisioneros que habían pertenecido a la división Aquino, nombrados en un principio, que habían asesinado a dicho oficial, y que desertaron y huyeron para sumarse nuevamente a Rosas. Otros oficiales destacados, como los coroneles Chilavert y Santa Coloma fueron fusilados: el primero por una discrepancia con el comandante en jefe aliado, el general Urquiza, y el segundo por denuncias hacia su persona, por ser un comandante destacado de la Sociedad Rural Restauradora, la Mazorca. El jefe del ala derecha, el veterano general Agustín Pinedo, también murió en dicha batalla aunque, como nota de color, se supone que de insolación, debido a su avanzada edad. En este sentido, Ruiz Moreno (2006, p.642) sostiene que en realidad Pinedo rodó con su caballo cuando se produjo el desbande rosista y murió al día siguiente.

Prácticamente, todos los autores coinciden que al final de la jornada fueron tomados prisioneros unos siete mil hombres, armamento y equipo, entre los que se cuentan sesenta piezas de artillería, ochocientos carros, quinientas galeras, siete depósitos de vestuarios y más de cuatro mil fusiles en el campo de batalla (Díaz, 1878, p. 293).

La batalla de Monte Caseros había concluido y una nueva etapa comenzaba en nuestra historia.

Bibliografía:

- Benencia, Julio Arturo. (1977). *Partes de batalla de las guerras civiles. 1840-1852*. Tomo III. Buenos Aires, Argentina. Academia Nacional de la Historia.
- Best, Félix. (1960). *Historia de las guerras argentinas*, Buenos Aires, Argentina. Peuser, Tomo I.
- Beverina, Juan. (1911). *Caseros. Estudio histórico militar de las campañas de 1851 – 52*. Varese, Italia, Amadeo Nicola y Cía.
- Camogli, Pablo. (2009). *Batallas entre hermanos*. Buenos Aires, Argentina. Aguilar.
- Díaz, César. (1878). *Memorias inéditas del general don César Díaz*. Buenos Aires, Argentina. Imprenta y librería Mayo. Recuperado de <https://archive.org/details/memoriasinditas00dagoog>
- Ruíz Moreno, Isodoro. (2006). *Campañas militares argentinas. La política y la guerra*. Tomo II. Buenos Aires, Argentina. Emecé.
- Saldías, Adolfo. (1968). *Historia de la Confederación Argentina*. Tomo III. Buenos Aires, Argentina. EUDEBA.